

MISCELÁNEA

El *nunc stans* de Hannah Arendt

ANTONIO ALTOARRIBA

... la ubicación del Yo pensante en el tiempo estará en la zona intermedia entre pasado y futuro, en el presente, ese misterioso y huidizo ahora, mera hendidura en el tiempo... La dimensión temporal del *nunc stans* que se experimenta en la actividad pensante unifica los tiempos ausentes, el no-todavía y el ya-no-más...Y no es imposible, y yo lo encuentro probable, que la sorprendente supervivencia de las grandes obras a través de miles de años se deba al hecho de haber nacido sobre este pequeño y apenas perceptible sendero del no-tiempo, que el pensamiento de sus creadores consiguió abrir entre un pasado y un futuro infinitos.

HANNAH ARENDT, *La vida del espíritu*

No hago más que recordarte, padre. No necesito recurrir a ninguna instantánea, porque toda la casa, la tuya pero también la mía, está repleta de tu legado, *memorabilia* incontable, versátil y dispersa. La cuestión que me ocupa en relación con esa permanente conciencia de tu pérdida es: ¿qué lugar ocupan estos recuerdos más allá de la obviedad de que son producto de las sinapsis en mi cerebro? ¿Adónde irán las reflexiones, los análisis más o menos acertados que aventuré sobre tu persona, sobre tu manera de funcionar y sobre tu vida; mis emociones compartidas y mis recuerdos...? También los tuyos propios, los de tus experiencias personales, y no sólo esos, por supuesto, sino además los recuerdos de todas aquellas personas con quienes interactuaste y que te llegaron a apreciar en tus largos años de vida.

Toda nuestra vida mental, que en el fondo es 'la vida' que vivimos -salvo en los casos en que la vida del cuerpo y su pervivencia están comprometidas-, ¿dónde mora? ¿Dónde es almacenada una vez la cámara acorazada que es nuestro cerebro ha dejado de ser funcional? Claro está, se pierden. Salvo aquella ínfima porción que eventualmente pueda ser legada a la comunidad en forma de productos culturales y que logre pervivir (y en tu caso y muy claramente, eso engloba los objetos que creaste y nos legaste y que aún pueblan nuestros entornos domésticos. ¿Tal vez un azar favorable permitirá que alguna de tus producciones permanezca para la posteridad y no se disuelva del todo conmigo a mi propia muerte?). Al fin y al cabo, ya entre los griegos una forma de posteridad la constituye la *poíesis*, la creación.

En cualquier caso, ¿dónde mora todo ello? Por supuesto, es una pregunta retórica. Sin embargo, siendo evidente que los cuerpos de los difuntos son pulverizados con el paso del tiempo -cuando no, incinerados inmediatamente tras su fallecimiento- hasta convertirse en nada, ¿por qué me resisto a aceptar de buen grado que el mismo destino le sea reservado a la vida inmaterial del espíritu? -es decir, a todos los pensamientos y a las creaciones que dichos pensamientos puedan haber generado a lo largo de una vida.

En primer lugar, obviamente, porque tratándose de algo inmaterial, es por de pronto indemne a los efectos del tiempo: al envejecimiento y al deterioro. Así pues, ¿por qué no habría de serlo también a la muerte? Y no me refiero a la potencia intelectual y cognitiva de los individuos, obviamente mermada por la edad y sometida a otros muchos posibles y desventurados azares, sino a los productos de esa vida del espíritu y a la propia vida del espíritu en sí, a ese hilo de continuidad que consideramos nuestro yo íntimo y que, si bien hartado más frágil de lo que nos gusta reconocer, el sujeto experimenta como tangible, real, indudable y virtualmente inalterable.

Me resarciría del dolor de tu pérdida creer que algo queda de todo ello. Y admito que este argumento esconde cierta ironía: la ironía de que, si bien desde un ángulo diferente, esta atea en que me he convertido esté abonando una tesis favorable a una cierta inmortalidad, tesis por otra parte altamente denotativa de los axiomas de fe de las tres grandes religiones monoteístas, con respecto a las cuales mantengo un escepticismo equidistante. Porque efectivamente, el *nunc stans* propuesto por Hannah Arendt como refugio del pensador mientras se ausenta de su entorno inmediato para dedicarse a la tarea de pensar, reflexionar, crear o escribir, no es sino un estilismo en parte equivalente, la misma pensadora lo señaló, o cuando menos similar, a ese otro dato hoy irrefutable y que podríamos identificar con el mecanismo que garantiza la supervivencia (además de la evolución y engrosamiento) de la cultura -de las culturas-, gracias al reservorio de lo que Dawkins dio en llamar *memes*: un catálogo de prácticas, actitudes y conocimientos que son legados inapelablemente de generación en generación y que confieren a las civilizaciones su condición de tales.

Claro está que el estilismo de Arendt responde también a la necesidad de sustraer al intelectual de su época del contexto en que vivió, de las constricciones y determinaciones a las que le sometían tanto el peso del pasado como el del eventual e incierto futuro, además del de la angustia de un presente devastador. El *nunc stans* fue entonces un subterfugio inteligente y audaz: la eternidad inmutable y permanente frente a la dicotomía entre pasado y futuro, pero a su vez también como la posibilidad de fuga de un presente atroz. Una eternidad enajenada de lo inmediato que, sin embargo, no debe confundirse con el instante presente fugaz y condenado a repetirse que hoy impone en Occidente la moda del orientalismo.

El pensamiento de Arendt está en las antípodas de la 'meditación' zen o budista, aunque comparta con ella la misma pretensión de aligerarle el peso al sujeto pensante: en su caso, el de la carga del legado y del resentimiento, por un

lado, y el implícito en la enorme responsabilidad de fabricar un avenir, por el otro. Arendt reivindica la reflexión libre del pensador, que sólo puede serlo en tanto sea capaz de sustraerse a las determinaciones derivadas de los procesos históricos que le han precedido y a las de los que él mismo con su hacer, y tal vez aun sin quererlo, eventualmente promoverá.

Personalmente, siempre he creído que el término 'meditación' es absolutamente inadecuado para referirse a la práctica de sustraerse de toda determinación material e incluso biológica como vía para alcanzar la llamada plena conciencia y la absoluta libertad del instante presente. Esa práctica no debería haberse calificado en ningún caso de 'meditación', término que en nuestra tradición occidental acarrea connotaciones muy otras de ponderación, razonamiento, ordenación e incluso enumeración de causas y efectos; es decir, de reflexión exhaustiva, efectivamente en las antípodas de aquello a lo que la palabra quiere aludir.

Pero independientemente del acierto o desacierto en la transliteración de aquel término, hay sin dudarle un acierto casi irónico en el recurso de Arendt al latinismo *nunc stans* para referirse al limbo temporo-espacial que habita el pensador mientras ejerce la función que le es propia: además de aquel otro, este es un subterfugio léxico que le permite apelar a la eternidad del pensamiento más allá del insoslayable infortunio al que el ente pensante está siempre sometido, y que a su vez evita la contaminación del concepto con cualquier posible connotación religiosa -por otra parte, no podía esperarse menos de una sionista declaradamente laica. Porque no es el alma lo que perdura, ni siquiera el espíritu. Es el producto paradigmático de la mente: la reflexión y sus creaciones, la *poíesis*.

Un empujón más al argumento y convendremos en que se trata efectivamente de la tesis clásica sobre la génesis y el engrosamiento de lo que llamamos cultura en todas las civilizaciones. Y de ahí a alojar al pensador dentro de ese mismísimo limbo mientras ejerce su labor pensante hay solo un pequeño paso. Un paso además muy conveniente para Arendt, en aquellos momentos convulsos en que era imperioso defender un pensamiento libre y sereno y, por lo tanto, desapegado de los vaivenes vitales de uno u otro signo inherentes al triste momento histórico.

Redimidos, pues, los humanos, de nuestra pesarosa existencia y de nuestro angustioso e irremisible final gracias a las pequeñas contribuciones que eventualmente podamos legar a la posteridad eterna, a ese *nunc stans*, ya sea en forma de reflexión, pensamiento o creación, y que irán a engrosar el corpus cultural en el que el azar ha tenido a bien acogernos: ¿no es esa una tesis de completo Perogrullo? Y valga como ilustración precisa de esta idea, e incluso de la fórmula escogida por Arendt en su apuesta por ese retiro para que el pensador pueda ejercer su misión 'en libertad', la siguiente cita de W. Blake, que la propia pensadora incluyó en su obra *La vida del espíritu*:

To see a World in a Grain of Sand

*And a Heaven in a Wild Flower,
Hold Infinity in the palm of your hand
And Eternity in an hour.*

¿Podría hipotetizarse que ese mismo limbo eterno, ese *nunc stans* de Arendt, es también el 'país de acogida', por recurrir a una fórmula tristemente de actualidad, que al cabo aloja también todas las emociones recordadas y/o revividas, los vínculos afectivos diversos y los recuerdos -en definitiva, los estados mentales- que los vivos aún preservan para con sus íntimos difuntos? ¿No sería esa una aseveración lógica, de nuevo casi de Perogrullo? Al fin y al cabo, algunos de esos recuerdos o afectos son los que movieron a los hombres ilustres de la humanidad a reflexionar o, más difusamente, a crear, a generar *opera*, esas piezas integrantes del corpus cultural de nuestra civilización. Sin ir más lejos, es el caso de estas mismísimas líneas, motivadas por la omnipresente tristeza de haberte perdido, padre. Y en algunos de los casos, los más afortunados de esos productos que los 'intelectuales' y artistas de todo tipo se han visto impelidos a crear llevados por sus estados mentales -alegría, tristeza, añoranza, indignación, desesperanza...-, han conseguido traspasar el umbral de la privacidad más íntima e ingresar en el corpus ingente e indescriptible que llamamos cultura, y que como tal tiene ya una existencia propia y ajena a la de los agentes biológicos que le dieron forma -y que tarde o temprano perecerán.

En tiempos de Arendt no se había divulgado aún la teoría de Watson & Crick sobre cómo el ADN ensambla y preserva la información de nuestro reservorio genético y la replica, ni existía aún por tanto el término 'gen' (*gene*) como tal. Obviamente, tampoco había sido postulada la teoría hermana sobre el almacenaje y la replicación de la cultura a través del ensamblaje de los *memes*: un reservorio inmaterial pero cuyo funcionamiento, homólogo al genético, permite la preservación y el engrosamiento de la cultura de toda civilización a través de las generaciones humanas, y más importante aun, de forma independiente a su continente biológico, como si se tratara mismamente de un ser vivo.

Desde luego, Arendt no podía imaginar que la cultura un día englobaría la mirada de subproductos que nuestra hipertecnologizada civilización está posibilitando. Pero aun a sabiendas de esa elefantiaca desmesura y de la indelibilidad que la red garantiza a los productos que aloja, la irrelevancia semántica que es implícita a tal multiplicidad constituye el sello de su caducidad a largo e incluso a medio plazo: sólo unos pocos elegidos entre aquellos ingresarán en ese limbo eterno de los *memes*, cuya existencia, con meridiana claridad y *avant la lettre*, intuyó Arendt con su fórmula *nunc stans*.